

-además de por otros motivos- porque su feminidad se asocia en el acontecer fílmico con el espíritu de las aguas, al que se suele asimilar con la sabiduría intuitiva, la muchacha del sari es también un ser mágico en cuanto portadora de "una antorcha de agua", imagen ésta en la que las linfas, de las que parece ascender "desnuda", concentran y difunden el resplandor de su intuitiva y misteriosa sabiduría. Pero miremos durante unos momentos hacia atrás antes de seguir adelante.



II

La exaltación sublimadora de lo femenino subyacente a la mejor poesía de amor, cuando menos desde el siglo XIII, tiene un indiscutible origen religioso no exento del turbador pero atractivo aroma de la mitología de la gnosis, en la que los espíritus celestiales son varones, hembras o andróginos, lo que -dicho sea de paso- demuestra que no es vacuo bizantinismo discutir el sexo de los ángeles. El arquetipo celeste femenino ha recibido, sin dejar de ser el mismo, casi innumerables nombres. En "Sobre el origen del mundo" se le llama Sabiduría, es decir, Sofía, y engendra a una hija llamada Zoé que inspira a Adán la vida espiritual. Y en la Hipostasis de los Arcontes -otra obra inspirada por la gnosis- Eva es la instructora de Adán, con el que engendra a Norea, que "será el amparo de muchas generaciones de hombres". Norea es el prototipo de la mujer carnal, virginal e inviolable hecha vaso de sabiduría divina, es decir, la encarnación de un ideal del hombre, nostálgico, según se miren las cosas, de su complemento femenino -al que considera superior por inalcanzable- o de su original mitad mujeril, de la que es sinécdoque la bíblica costilla. El principio femenino es, finalmente, la Verdad, identificable con Sofía, en el recientemente descubierto poema en lengua copta titulado El Trueno. Pero Norea es, en realidad, y en cuanto mujer y no diosa, el más claro prototipo, ilustre por su espiritual significado y por su antigüedad casi bimilenaria, de las más exaltadas amantes de la literatura occidental.